

Sin embargo, no puede negarse que el Sr. Ramírez suele citar á Homero, á Eurípides, y á otros poetas que merecen mencionarse, porque son los príncipes de la literatura griega, sus verdaderos representantes, los que nos deben servir de ejemplo en la presente cuestión, por cuyos motivos voy á consultarlos para decidir juiciosa y definitivamente si la literatura erótica de los griegos es espiritualista, como cree el Sr. Ramírez, ó materialista como yo opino.

III

Homero.—Anacreonte.—Safo.—Teócrito.—Esquilo.—Sófocles.—Eurípides.—Aristófanes.—Caracteres que distinguen á los imitadores de los griegos.

Tratándose de clásicos griegos fuerza es que el primer nombre que salga de mi pluma sea el de Homero. Los personajes eróticos que más llaman la atención en sus poemas son Páris y Elena, Aquiles y su esclava, Héctor y Andrómaca, Ulises y Penélope.

El amor de Páris y Elena es el amor adúltero y enteramente físico. Páris no tenía otro atractivo más que su hermosura, y le faltaba aun el valor, esa virtud semi-bárbara admirada de los griegos. Páris es tan célebre por su belleza como por su cobardía: él fué quien huyó delante de Menelao, y quien asesinó traidoramente á Aquiles. Sin embargo, Elena abandona por Páris su patria, sus amigos de infancia, su padre, su esposo, y aun su tierna hija: ella misma lo confiesa con las siguientes palabras:

... «Ojalá que la muerte
 Más dolorosa preferido hubiera
 A mi loca pasión, cuando en la nave
 Con Páris vine á Troya, abandonando
 El tálamo nupcial y mi familia,
 Y mi niña de pecho, y numerosos
 Dulces amigos de mi edad primera.»¹

En otra ocasión exclama Elena: «Soy una infame, la autora de mil males, una mujer detestable.»²

¹ Trad. de Hermosilla, que generalmente sigo.

² Od. l. 1.

Más adelante Menelao se lleva á Elena, sin la menor alteración moral y como si se tratase de una posesión cualquiera que se recobra á sangre fría, después de haber vivido ella diez años con Páris.

Aquiles no amó tampoco á su esclava Briseis, sino como una de tantas que entraban al tálamo del vencedor, quien después de haberla hecho madre la abandonaba á cualquiera de sus compañeros.

Andrómaca es celeberrima por su amor conyugal, y con todo, el pasaje acaso más patético de la poesía antigua, cual es el adiós de Héctor y Andrómaca, no presenta al héroe enternecido sino para con su hijo. Esa misma Andrómaca toleró después los abrazos de Pirro hijo del matador de su marido, y luego contrae otro enlace con el troyano Eleno. Pero lo que, sobre todo, descubre el verdadero grado del afecto en Andrómaca, es cuando sencillamente confiesa que «amaba y cuidaba más á los caballos del marido que al marido mismo.»

Penélope es el otro modelo de esposas que presenta la literatura griega, y, sin embargo, su mismo hijo Telémaco la acusa de frialdad respecto á Ulises, ¹ y en otra vez la trata con aspereza:

«Ahora bien, á tu estancia
Sube, madre, á ocuparte en las faenas
De rueca y lanzadera: á las mujeres
Obliga á trabajar, porque el cuidado
De hablar ante los hombres reunidos
Sólo á hombres corresponde.» ²

Más explícito es todavía Telémaco con su madre, respecto á los afectos del alma, cuando parte en busca de Ulises diciendo: «*que si llega á saber la muerte del padre, su primer cuidado al volver será elevarle un sepulcro, y hacer tomar á su madre un segundo marido.*»

Esa misma Penélope se encontraba rodeada de pretendientes, pero todos la tratan con despego, ocupándose en comer, beber, jugar é injuriarse mutuamente.

En otros pasajes de Homero se ve con claridad cuál era

¹ Véase sobre este pasaje las notas de Chateaubriand en su *Genio del Cristianismo*, corrigiendo la traducción de Mad. Darcier.
Od. 1.

la situación de sus heroínas respecto á los maridos; el hombre compraba á la mujer como una mercancía cualquiera, y quedaba sujeta á los resultados de esa condición. Andrómaca había sido comprada «con muchos dones,» y Laertes dió veinte bueyes por la sabia *Euriclea*. ¹ Así, pues, los maridos dedicaban sus esposas á hilar, tejer, lavar, traer agua, y moler el grano; pero lo que es más todavía, y demuestra mejor que la consorte griega estuvo dedicada al completo servicio del hombre: las mujeres cuidaban de desnudar á los varones, llevarlos al baño, perfumarlos y ponerlos en el lecho. ²

Homero, reproduciendo en el cielo la sociedad humana, nos da idea de cómo consideraban los helenos la violación de la fe conyugal, pues cuenta que Vulcano habiendo sorprendido á Venus y Marte, se niega á librarlos de sus redes hasta que Júpiter devuelva los muchos dones con que le ha comprado la hija, y no da libertad á Marte hasta que Neptuno sale garante de que pagará el precio del honor. ³

Supuesto todo lo dicho, y otras circunstancias semejantes que callo por no hacerme difuso, es natural, que la falta de sensibilidad en los poemas de Homero, está reconocida por diversos críticos.

El abate Andrés así lo manifiesta en su *Historia de la literatura*, comparando á Homero con Virgilio.

Boileau caracteriza á Homero diciendo que *divierte* pero que no *commueve*.

«On dirait que pour plaire, instruit par la nature,
Homère ait de Vénus dérobé la ceinture:
Son livre est d'agrément un fertile trésor;
Tout ce qu'il á touché se convertit en or;
Tout regoit dans ses mains une nouvelle grace:
Partout il divertit, et jamais il ne lasse»

Voltaire se expresa todavía con más claridad diciendo: «Homero nunca me ha hecho derramar lágrimas, y para mí el verdadero poeta es el que *commueve* el alma y la entenece.»

1 Od. 8.

2 Od. 3 y 4.

3 Od. 8.

El sabio César Cantú, en un lugar de su *Historia universal*, asienta estas notables palabras: «No hay pasaje en las poesías de Homero que respire sentimientos de amor,» y en la biografía del mismo poeta agrega: «Homero mezcló siempre el corazón y el estómago, el sentimiento y los apetitos.»

Sea lo que fuere, pudiera replicarse acerca de lo observado sobre Homero, que es un poeta épico, y que la epopeya tiende principalmente á pintar el mundo externo, no á expresar las pasiones.

Suponiendo admisible esta explicación, (que no lo es) paso á tratar de Anacreonte y Safo, cuyo carácter esencialmente erótico, nadie puede negar.

Anacreonte es precisamente el tipo del amor sensual, así como de todos los placeres materiales, comer, beber, jugar y bailar. Anacreonte fué el cantor voluptuoso que no conoció otra ambición más que la de gozar: siempre en la mesa, rodeado de mujeres bellísimas, bebiendo exquisitos vinos de Lesbos y Chio, mientras que Mnaé y Aglaés entrelazaban flores á su cabello.

Tratando Anacreonte de caracterizar á la mujer, sólo se fija en la belleza exterior. Oigámosle:

«Naturaleza al toro
Los cuernos quiso darle.
Duros piés al caballo
Con que la tierra bate,
A las tímidas liebres
Correr al viento iguales,
Al león animoso
Los dientes espantables,
El nadar á los peces,
El volar á las aves,
Y á los hombres prudencia,
Y el ánimo constante:
¿Y á las mujeres nada?
¿Lo que les dió no sabes?
Belleza, la belleza,
Don divino y amable.»¹

¹ Respecto á este autor, y á Teócrito, generalmente sigo la traducción de Conde.

En la oda 28 hace el retrato de su amada misma, y no hay un solo rasgo para la parte moral; sólo llaman su atención el cabello, las mejillas, los ojos, la nariz y los labios, concluyendo con estas palabras que nada tienen del supuesto *idealismo*:

....«Su vestido
Tan delicado y leve
Que su beldad divina
Descubra y trasparente.»

Aun en edad avanzada se nos presenta Anacreonte como un viejo libidinoso, recordando la muerte sólo para exhortarse á aprovechar lo que queda de vida en placeres sensuales:

«Dícenme las muchachas:
Viejo eres, Anacreo,
Toma el espejo y mira
Do voló tu cabello,
Que tu cabeza es calva:
Más yo no cuido de eso,
Si están ó si se han ido
No sé, tan sólo entiendo
Que cual á viejo importa
Gozar de blandos juegos,
Muy más porque la muerte
Cercana la tenemos.»

Pero sobre todo, en Anacreonte encontramos uno de los más distinguidos representantes de la poesía sodomítica, uno de los cantores de esa infame costumbre de que ya he hablado.

Ejemplos:

«Cual yo te lo dijere
A Batylo retrata:
Harás resplandecientes
Sus trenzas, rociadas
De preciosas esencias;
Que en ellas sobresalga
En cambiante negrura
Un viso de dorada,

Deslazadas las deja
 Cual le ondean y vagan
 Por el hermoso cuello.
 Su frente delicada
 Bellas cejas adornen
 Con extremada gracia.
 Harás sus ojos negros,
 Llenos de dulce llama,
 Vivaces, expresivos,
 Que rindan sus miradas;
 La gravedad de Marte,
 La dulzura de Pafia,
 Amorosos y graves,
 Que inspiren la esperanza,
 Y cuidadosos temores.
 Las mejillas nevadas
 Como purpúreas rosas,
 Y cual tiernas manzanas.
 Suave y blando bozo
 Parezca ya en su barba.
 Sea su color todo
 El que el pudor retrata.
 Sus labios, y su boca,
 ¡Ay! yo no sé si alcanza
 Mi expresión á decirla,
 O tu mano á copiarla;
 De persuación la llena,
 De agrado y eficacia,
 Y por decirlo todo,
 Si la pintura basta,
 Tan expresiva sea,
 Que enlabie cual si hablara.
 Harásle de estatura
 Muy cumplida y gallarda.
 Mas ¡ah! su blanco cuello,
 Que ya se me olvidaba,
 Cándido como nieve,
 Como marfil y plata,
 Más bello que el de Adonis
 El que Venus besaba.

Sus pechos y sus manos
 A las de un dios iguala,

 Envidiosa destreza.
 ¿Y por qué las espaldas
 Han de quedar cubiertas
 Con infinitas gracias?
 Pídeme lo que quieras
 Si la pintura sacas,
 Haciendo que de Apolo
 El mi Batylo salga:
 Y luego de Batylo
 Con ligera mudanza
 Forjarás un Apolo
 Cuando á Samos te vayas.»

«Dulce y hermoso joven,
 En pos de tí me llevas,
 Y el amoroso encanto
 De tu mirada tierna
 Me vence, ay mí! me vence
 Con amorosa fuerza;
 Cual los divinos ojos
 De una hermosa doncella:
 Te llamo dulcemente,
 Mis namoradas quejas
 De tí son despreciadas,
 Si á tus oídos llegan:
 Cruel, de mí no cuidas,
 Ni sabes que las riendas
 Con poderoso imperio
 Del alma mía llevas.»

No pueden decirse más ternezas á una muchacha bonita. Al leer estos versos se exalta de indignación el ánimo, y el rostro se cubre de vergüenza. ¿Será este el idealismo que el Sr. Ramírez encuentra en la poesía erótica de los griegos? Dice este señor, al fin de su discurso, que los griegos *espiritualizaban á su modo*. ¿La poesía sodomítica sería el modo que tenían de espiritualizar?

Comprobaré el juicio que he formado de Anacreonte agregando que Platón le censuró de intemperancia en el beber, y de prostitución en los amores.

Ya que en Anacreonte no encontramos el idealismo amoroso, todavía nos queda la esperanza de hallarle en Safo, atendiendo á su sexo y á la fama que goza de escritora apasionada. Horacio dijo de la célebre griega: «El fuego del amor arde todavía en sus versos,» y Ionés le aplicó la misma expresión de la autora.

«*Auro ipso magis aurea.*»

Admitiendo en Safo más elevación de sentimientos que en sus compatriotas, no por eso es posible encontrar en lo que nos queda de sus poesías más que amor material. He aquí como ha juzgado á la poetiza el profundo sabio moderno que cité anteriormente: ¹ «El amor de Safo no respira más que la ebria ansiedad de los sentidos que ninguna mujer púdica osaría confesar.» Y en otro lugar agrega: «Safo expresaba un amor no correspondido en versos admirables, pero que descubren el ardor violento de las pasiones más de lo que el pudor consiente á una mujer confesarle.»

Pues bien, si en el sublime Homero, en el dulce Anacreonte y en la apasionada Safo no encontramos el amor *ideal*, mucho menos en Teócrito, cantor de pastores y vaqueros, cuyo lenguaje de naturalidad y sencillez degeneró en grosería y bajeza.

Véamos, desde luego, la manera con que hace expresar á una muchacha desdeñosa.

«Eunica me burló cuando quería
Dulcemente besarla y denostando
Me dijo así: de mí te aparta, ¿siendo
Boyero, quieres, infeliz, besarme?
No aprendí yo á besar rústicamente,
Sino á tocar los labios ciudadanos.
No pues besarás tú mi hermosa boca,
Ni aun en sueños. ¿Cuál miras? ¿cuál razones?
¿Cómo juegas grosero, y con dulzura
Hablas, qué voces dices tan suaves!

¹ Cantu op. cit.

Qué blanda barba tienes! cuán hermoso
El cabello! ¡y los labios son enfermos!
¡Negras las manos! ¡oh! qué mal que hiedes!
Apártate de mí, no me mancilles.

Diciendo así, tres veces en su seno
Escupió, y de los piés á la cabeza
Me miró luego, y con torcidos ojos
Miraba, entre los labios murmurando,
Vana por su hermosura, retorcía
La boca con soberbia, y me mofaba.»

En el idilio segundo las quejas de la *Encantadora*, son éstas:

«Pespilta, trae aquel varón á casa.
Mira, ya calla el mar, callan los vientos,
Mas no calla el dolor del pecho mío
Pues en amor de aquél toda me abraso,
Que á mí cuitada de mujer, infame
Hizo, y que ya *no sea más doncella.*

He aquí cómo pinta Teócrito más adelante el amor de Pespilta:

«..... Así dijo. Yo mezquina,
Y simple, y fácil le creí al instante,
Toméle de la mano, y al suave
Lecho inclinéle, y luego se encendía
Mi cuerpo con el suyo, y las mejillas
Muy más que antes ardientes se pusieron,
Y nos acariciamos dulcemente
Y por no molestarte, amada luna,
*Hízose, pues, lo más, y ambos llegamos
Al fin de los deseos.....*»

En el idilio 20 véamos cuáles eran los temores de la doncella á quien enamoraba Dafnis, cuáles las condiciones y preludios del casamiento, cuál la manera de quererse.

DONCELLA.

Muchos me quieren, pero no me agradan.

DAFNIS.

También soy de los muchos que te anhelan.